

13 marzo 1985  
Dr. Pablo CARLEVARO

## DISCURSO PRONUNCIADO AL ASUMIR EL DECANATO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Compañero Rector de la Universidad de la República;  
Sr. Subsecretario del Ministerio de Salud Pública;  
Compañeros del Consejo Directivo Central y del Consejo de la Facultad de Medicina;  
Compañeras y compañeros:

Ante todo, al recibir de ustedes tanta fraternidad, al percibir tanta alegría debo confesar sentimientos diferentes. Uno, es de temor y el otro, es un deseo: temo defraudar vuestras esperanzas y, además, deseo no hacerlo.

Debo repetir lo que expresara en mi respuesta a los órdenes universitarios cuando fui informado de mi reelección como decano de esta Casa.

Tengo suficiente educación universitaria y años de vida como para apreciar que -por encima del honor que generosamente me confieren- ello trasciende a mi persona e implica que el "demos" universitario -recuperada su soberanía, tras largos años de respuesta al oprobio con tenaz lucha-ratifica, en mi elección, su identificación con un concepto de Universidad que es cultura entre nosotros.

Debemos aprovechar las circunstancias del retorno, de volver a vernos y estrecharnos afectísimos, de la religiosidad inmanente a todo reencuentro, para ir más adelante, para trascender lo personal.

Es la Universidad la que se reencuentra a sí misma.

Es la Facultad la que se congrega para retornar al camino de la superación.

Es el país entero quien redescubre los valores de su Universidad.

Es la Universidad quien -humildemente- debe tomar conciencia de sus limitaciones, de sus carencias y de sus arcaísmos, para mostrar -con hechos- su vocación irrenunciable y plena de servir al país.

Es el momento histórico de trascender, de ir más allá, de conquistar alturas nuevas que ayuden a construir la felicidad pública. Es nuestra obligación.

No piensen que cuanto digo es producto de la modestia, o insensibilidad, o de vacío afectivo ni -mucho menos- de rechazo. Vuestra presencia me ha hecho estremecer el cuerpo entero y aún temo la anudación angustiada de la garganta y -confesémoslo de una vez- el quiebre involuntario de la voz...

Pero debemos cuidarnos mucho nosotros -que somos maduros y verdaderamente paritarios, que - somos esencialmente la misma cosa- de fabricar ídolos o construir leyendas. Con ello no haríamos sino pagar un tributo de culto que acabaría desvirtuándonos y, aún, debilitándonos.

Todo en nosotros - virtudes y defectos- es humano. Como es humano en cada uno de vosotros. La misma sustancia que está aquí, está allí. Ésta es la única razón de nuestra colectiva y limitada grandeza.

Dejemos entonces el tributo de admiración, y la veneración eterna sólo para aquéllos que sufrieron más, y para quienes -aún condenados a soportar horribles castigos y vejámenes inconcebibles antes de morir- tuvieron la fuerza de convicción y de ánimo, la inaudita generosidad de entregar la vida en estado de gracia, como ángeles irreductibles, que en el injusto trance de la muerte siguieron sintiendo que "la vida es buena".

Hagamos una pausa por los muertos. Por todos los mártires de la noche aciaga. No dejemos

a uno solo fuera de nuestro recuerdo. Pongámonos de pie.

Michelini y Gutiérrez Ruiz son símbolos que yacen en lo mejor de la patria que resurge.

Carlos Quijano y Enrique Erro no pudieron volver.

Alvariza, Liberoff y Roslik son los colegas que asesinó la dictadura.

Todos ellos están aquí imponiendo un mandato -que es esfuerzo supremo- de superar el odio con el amor.

Y cuantos murieron injusta y generosamente tienen derecho a exigirnos una patria mejor.

Y cuantos los sobrevivimos tenemos la obligación de construirla.

Permitidme, ahora, un recuerdo personalísimo para alguien con quien -durante su vida- contraí una eterna deuda de afecto y gratitud.

Para quien -irreductible en la intransigencia de la generosidad que derramó durante toda su vida- no quiso entregarme el lugar que obligatoriamente debió ser mío.

Me refiero, obviamente, a Julio Arsuaga.

Lo llevo en el centro de mi corazón.

Hace algún tiempo escribí (para mí) estas breves líneas, sin pensar que las daría a conocer ante ustedes y en estas circunstancias:

*Volví a la playa / recorrí los senderos / busqué la sombra de los mismos árboles - era la misma playa / tan diferente ahora.*

*Las casas del entorno / eran el testimonio de un tiempo superado / iguales a sí mismas -aunque agrietadas- diferentes estaban.*

*Convoqué los recuerdos / repasé percepciones / evoqué los olores / los roces / los sonidos / las risas / el abrazo - ¿por qué él no estaba?*

*¿Qué modos hay de congelar el tiempo? ¿Qué forma existe de preservar la vida / de hacer retroceder la injusta muerte?*

*Dejé la playa / andando los senderos al revés / deshaciendo el camino / cargando a duras penas los recuerdos.*

*Su sombra generosa / siempre la misma sombra - tan protectora y suya me seguía.*

*Cuando escalé la loma / brotaba de la herida sangre antigua / sus labios empapados en lágrimas de sal.*

*Aquellas humedades -diluídas y rojas- al viento se secaban / un viento que implacable no cesa de soplar.*

Al llegar aquí, al volver a ver -desde lo alto- costas y playas, al recibir de ustedes tan generosa fraternidad, comprendo que el viento implacable fue gestado por el pueblo, que las heridas han cicatrizado, que él y los demás muertos están presentes aquí, sobrellevados por todos, para comprometer para siempre nuestro esfuerzo.

Nuestra tarea es la reconstrucción de la Universidad.

Hermosa y difícil tarea.

Los médicos sabemos muy bien que breves instantes de anoxia alcanzan para destruir un cerebro forjado en largos años.

Los especialistas en la destrucción y en la guerra saben que unas cuantas bombas bien dirigidas arrasaron una ciudad.

Hay especialistas en destruir.

Los universitarios sólo debemos enseñar y aprender a construir.

Para destruir alcanza con el odio.

Sólo se construye con amor.

Por eso el centro nodal de la tarea está en los jóvenes. La dictadura dispersó por el mundo hombres de talento que lo vierten en otras culturas, para orgullo sufrido de nuestra Universidad.

Por mucho que sea el talento disperso, mayor es el potencial latente que existe en nuestras aulas.

En el Uruguay no nacieron -todavía- talentos de la magnitud de Evaristo Galois o Ramanujan -el hindú que descubriera no hace tanto el inglés Hardy- (para citar sólo dos, con escasa popularidad en las leyendas del talento, que tenían dentro de sí -de su desventurada juventud- un manantial surgente e irrefrenable de ideas nuevas). Y es poco probable que nazcan, porque el fenómeno psicológico que consiste en la aparición de un talento excepcional es un evento muy raro, de ínfima probabilidad, y aquí somos pocos, muy pocos... ( por muy buenos que creamos que somos o que, en verdad, seamos).

Nacieron - en cambio - cantidad de hombres inteligentes, creativos, laboriosos y tenaces (en proporción quizás excepcional, para la pequeñez del país) que impulsaron el desarrollo de la ciencia y sus formas aplicadas - en la medicina, Morquio, Soca, Ricaldoni y tantos, tantísimos más...- que impulsaron la creación del conocimiento, la expresión artística y, con mayúsculas, la literaria, y también -por qué no- la organización institucional del país (porque en sus variados campos, fueron notablemente talentosos -por ejemplo- José Pedro Varela, José Batlle y Ordóñez y Alfredo Vázquez Acevedo).

Al este del río Uruguay -cuando este joven territorio no era sino "Banda"- nació un talento libertario inédito en la historia del continente entero, un talento cuya contemplación retrospectiva; nos asombra y -a la vez- nos compromete.

Un talento que dejó no sólo un legado maravilloso de hechos históricos (que condicionaron -sólo en parte, lamentablemente - nuestra trayectoria como país) pero, por sobre todo, que dejó un legado inestimable de humanidad, de dignidad y de conducta ciudadana, que marca el curso del camino -cualquiera que sea éste- en cada encrucijada y en todo tiempo. Ese talento criollo -nativo y montaraz- fue (me estremece pronunciar su nombre) José Artigas.

Su reconocimiento no es cuestión de patriotismo común, de exaltación orgullosa de valores propios. Es mucho más: es asombro y justicia en la valoración histórica.

Debemos aspirar a no humillar su memoria, sino - a la distancia tremenda pero, a la vez, desafiante- debemos esforzarnos en enaltecer, modestamente y con sencillez ciudadana su memoria.

Nuestro mandato histórico -en lo moral- es tan sencillo como difícil de lograr: debemos actuar en cada lugar, en cada caso, en cada circunstancia, inspirándonos sólo en su dignidad. En el ejercicio sano y difícil de los actos de cada día, en el trabajo, en la educación, en la acción política, en el ejercicio de las funciones de gobierno, debemos ser fieles a su dignidad.

Sólo así podremos reclamar la condición de hijos.

Sólo así tendremos méritos para invocarlo como "padre".

Sólo así evitaremos su muerte definitiva y despertaremos de largos años de letargo.

Parafraseando al norteamericano Walt Whitman: limpiémonos los ojos y acostumbremos ya, al resplandor de la luz.

Pero, y para darle a estas expresiones un sentido de realidad, un tono imprescindible de factibilidad, de cosa posible y alcanzable, digamos que la tarea inmediata (y de siempre) de nosotros, los educadores universitarios (que además de enseñar debemos investigar, crear cultura) no es sino -en lo esencial- contribuir a la valoración del talento que existe en miles de jóvenes. En crear las condiciones delicadas para su cultivo y florecimiento, en ejercer el oficio de sencillos y enamorados jardineros que saben, que confían, que no vacilan en contribuir -como fin supremo de su magisterio- al surgimiento y desarrollo de aquéllos que sean capaces de "ver donde no vimos", de "mostrarnos el error mezclado con la verdad", de quienes "nos venzan con honor"; para decirlo con las palabras que Rodó puso "en boca de Leucipo y de Gorgias, en el amargo y supremo trance de la despedida.

Todo ese talento está -estará siempre- allí, en vosotros, en vuestra juventud sana y sufrida valiente y madura, pobre y combativa.

Para ellos, la luz, el aire, el agua, los fertilizantes y, además, el espacio. El mismo espacio que ofreciera en respuesta Leucoo -con su belleza sencilla- apenas cubierta de blanco. El espacio que da cabida a "la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto", el espacio que asegure que

"no hay límite en donde acabe - para el fuerte - el incentivo de la acción", para invocar -otra vez- la belleza ética y singular de las palabras del maestro.

Y ahora permitidme unas palabras a quienes -sin conocerme- me han dado un crédito tan amplio de afecto e identificación.

Quisiera poder emplear el tono persuasivo con que canta el violín solista -tras el soliloquio apasionado y multivariado de la cadencia- al término del 1er. movimiento del concierto de Beethoven. (¿Les gusta la música?).

Es decir, quisiera disponer de un tono persuasivo lleno de una belleza noble y esencial que, por mayor que sea el esfuerzo, jamás podrán alcanzar mis palabras al igual que de un nivel de confiabilidad que esté a prueba de toda sospecha.

En fin, quisiera poder hablar como no puedo -como no estoy dotado para hacerlo- y lograr que me creyeran como habitualmente no creéis, para poder convenceros de que la fuerza de vuestro éxito -que es, también, la mayor garantía de fuerza constructiva en la empresa que juntos habremos de cumplir- y por lo tanto, la base del éxito de la Facultad y de la Universidad toda, radica en que seáis capaces de reconstruir el gremio de los estudiantes. Es decir, en que seáis capaces de actuar como un verdadero cuerpo colectivo -con ensamble y estructura, sin faltaros el respeto sino generándolo- y no como una mera y circunstancial suma de alianzas sectoriales, tan precaria como vacía de contenido esencial.

Deseo fervorosamente -como lo desean seguramente todos los de nuestra generación y los de todas las generaciones que pasaron por ella- a 70 años de haber sido gestada -mediante el milagro humano que es la renovación de las generaciones, única base real de la preservación de la juventud- que seáis capaces, sagaces y dignos de reconstruir vuestro gremio: la Asociación de los Estudiantes de Medicina.

Sólo así podréis devolver a la Facultad -en amor, gratitud y rectitud- todo lo que ésta debe darles a vosotros (y a quienes los sucedan mañana) en ciencia, sabiduría y conciencia.

Oídmeme y entendedme bien, porque me avergüenza poner en evidencia que estoy demasiado viejo para caer en la impudicia de dar consejos en público y desde la tribuna, que el tono persuasivo no vacilaría en caer en la región del ruego, para acrecentar la eficiencia de los efectos. No poseo, aunque invoco, la armonía de los músicos nobles y generosos, para desearos -con su mismo tono- la capacidad de convivir noblemente, en el respeto, la tolerancia y el apoyo mutuo, la coyuntura histórica de la reconstrucción del país -del noble, pequeño y entrañable país- para restaurar una de las herramientas más eficaces e indispensables con que se ha hecho su historia: la Universidad de la República.

El trabajo honesto, sincero y leal en los gremios enseña a los hombres -más allá de las discrepancias- a encontrar los acuerdos que benefician ante todo a la institución, y que están siempre por encima de los intereses particulares de los sectores partidarios.

Sabed que ésa es la verdadera historia de nuestra Universidad.

No la de todas.

La Universidad no podrá ser nunca de unos pocos. Deberá ser de todos.

La convivencia respetuosa y plural será la garantía del ejercicio efectivo y pleno de la libertad de opinión.

(¿Habéis leído la Ley Orgánica?).

¡Estudiad mucho, militad también! ¡Combinad el estudio con el esfuerzo y el trabajo!  
¡Llegad - sin temor - a la fatiga! Tenéis la edad de los atletas, la potencia de los que son capaces de llegar sin riesgo a la extenuación, de quedar exhaustos tras la tarea cumplida, para conseguir la victoria, y tenéis -más que nadie- la generosidad que hace tanta falta para construir bienes comunes.

¿Quiénes -si no vosotros- reconstruirán el país?

Otros han dado la vida para lograr algo mejor.

Merecen el homenaje de nuestro esfuerzo supremo.

Merecen el homenaje de nuestra armonía superior.

Mantened la unidad en la diversidad, la individualidad en el colectivo trascendente y plural,

pero sabed que socialmente sólo trasciende y permanece lo que seamos capaces de construir entre todos y para todos, como un bien común. Es decir: nuestra cultura. Sed suficientemente sabios para sacrificar la vanidad del triunfo individual o grupal ante el objetivo supremo que es, sencillamente, hacerle bien al país, fortalecer y renovar su Universidad -sostén generoso de su cultura-, promover la elevación de los valores, renovar -cada día, en cada acto de la voluntad- el sentimiento de justicia, la vocación irrenunciable de libertad.

Hemos sufrido mucho, como para no aspirar y sentirnos moralmente obligados a entregar -a los que vienen- otra cosa que no sea felicidad.

Hemos padecido de tantísimas formas y hemos soportado tan variados horrores como para que no exista otra opción que comprometernos -para siempre- en el esfuerzo supremo de construir una patria mejor.

Hemos traído sus restos -y los reverenciamos- pero a la distancia histórica, a la enorme distancia que nos separa de Él en actos de conducta y sacrificio, seguimos siendo deudores del enorme patriarca que -ahogada su epopeya en la derrota- labraba en soledad la generosa tierra paraguaya.

Hemos traído sus restos, pero ¡es el momento de traer - de una vez, y para redimirnos - sus ideas!

(¿Conocéis la historia?)

No he oído cosa más linda de este Uruguay que renace, que sus jóvenes son capaces de entenderse en el llano, en la base y en la acción, como antes no supieron o no pensaron hacerlo. Quizás sea un legado fraterno de la resistencia.

(¿Es cierto?).

Puedo decirlo en secreto -yo, que pertencí a una generación que difícilmente se hubiera autocalificado de patriota-, yo, que en el duro y sacrificado privilegio del exilio he conocido otras comarcas hermosas y fraternas, otras juventudes que tienen motivo para ser espléndidas y generosas y otras instituciones que nos superan en modernidad y poderío, ¿puedo decirlo en secreto? para no ofender a nadie, para no rozar la sensibilidad o el orgullo de nadie, para que no trascienda de nuestra intimidad: no hay otra universidad como la nuestra, no hay otra tradición ni cultura de valores profundamente compartidos como los que aquí venimos construyendo desde la época de los Vázquez Acevedo, los Ramírez, los Ricaldoni, los Vaz Ferreira, los Frugoni, los Agorio, los García Otero, los Quijano, los Cassinoni, los Crottogini, los Maggiolo, pero que venimos construyendo con hermosas generaciones de estudiantes que luego se hicieron mayores y maestros, preservando la nobleza y el desinterés de sus ideales: ¡raro fenómeno!

Hemos sufrido mucho, hemos padecido horrores no pensados, hemos pagado durísimos tributos por pecados de incapacidad -tributos exagerados e inmerecidos- .

En duros momentos de la vida universitaria, en 1968, aprendí de uno de esos universitarios que no sólo enseñaron medicina sino a ser hombres -el Doctor José B.Gomensoro- que "es preciso tener una gran memoria para olvidar" -para olvidar no sin haber aprendido (agregaría yo)- para recuperar la lozanía, el impulso, la voluntad de hacer, para superar el horror, la afrenta y la ignominia, respondiendo con el amor que se necesita para crear, para recuperar el aire, el sol, la tierra y el agua.

Permitidme, simbólicamente, exteriorizar un profundo deseo de fusión con los más jóvenes, y así clausurar estas palabras con las mismas que, hace muchos años ya, nos tocara pronunciar, hablando en representación de los estudiantes - en un acto de inauguración de cursos en esta noble Casa.

Aún llevo en la memoria -como un "leit motiv"- lo que, hace más años todavía, Rafael Barrett les dijo -al término de la conferencia- a los obreros de los yerbales paraguayos. Vuelvo a repetirlo como un credo ante vosotros:

"A pesar del dolor, y la injusticia, la vida es buena.

Debajo del mal, está el bien.  
Y si no existe el bien, lo haremos existir,  
y salvaremos al mundo aunque no quiera!"

Montevideo, 13 de marzo de 1985.-